

PRIMA INTERDISCIPLINARIO DE ESTUDIOS DE LA MUJER  
PROGRAMA SALUD REPRODUCTIVA Y SOCIEDAD:  
PIEM/CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS  
CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS  
Y DE DESARROLLO URBANO

¿Qué significa *ser hombre* para los hombres y las mujeres que viven en la colonia popular Santo Domingo en la ciudad de México? Con el fin de responder a esa inquietud, se aborda en esta investigación desde un enfoque etnográfico la tarea de comprender la identidad de género en relación con los cambios en las prácticas y creencias culturales que han ocurrido en el México urbano, durante el transcurso de varias décadas de conmoción local y global. Se analiza, también, la manera en que la diferencia y la similitud culturales están constituidas por actores sociales diversos que, a su vez, limitan y expanden los significados de identidad de género.

Otro objetivo del estudio –más allá de la desconstrucción de clichés vacíos de la masculinidad mexicana– es el de contribuir a la reconstrucción teórica y empírica de las categorías de género en sus diversas experiencias, en tanto tales categorías se transforman y transgreden continuamente.

Hoy en día, los estudios de género incluyen la investigación sobre hombres y mujeres como sujetos asociados a género, razón por la cual examinar la masculinidad en el México contemporáneo constituye tanto un asunto metodológico como cultural.



EL COLEGIO DE MÉXICO



SER HOMBRE DE VERDAD EN LA CIUDAD DE MÉXICO ■ MATTHEW C. GUTMANN



# SER HOMBRE DE VERDAD EN LA CIUDAD DE MÉXICO

*Ni macho ni mandilón*

MATTHEW C. GUTMANN



EL COLEGIO DE MÉXICO

## II. LA INVASIÓN DE SANTO DOMINGO

Hoy miente quien dice conocer la ciudad;  
más bien la intuimos.

Carlos Monsiváis  
en *La Jornada*

### ¡HAY TIERRA!

Durante la noche del tres al cuatro de septiembre de 1971, circuló un llamado por los linderos del sur de la ciudad de México: "¡Hay tierra!" En menos de veinticuatro horas, de cuatro a cinco mil familias, unas veinte mil personas en total, cayeron como paracaidistas en el área apenas habitada que hoy se conoce como colonia Santo Domingo. Constituye la mayor invasión individual de tierras en la historia de América Latina.

El presidente de México, Luis Echeverría Álvarez, se convirtió en el instigador involuntario de la invasión cuando, el 1 de septiembre de 1971, declaró su intención de respetar el derecho de todos los mexicanos a tener una vivienda digna, hizo hincapié en la necesidad de legalizar de facto la tenencia de las tierras públicas y resaltó la obligación del gobierno federal de apoyar a aquellos que vivían en las peores condiciones.

A principios de la década de los setenta, los campamentos de paracaidistas y los barrios marginados de la ciudad de México formaban parte de lo que Castells (1986) denomina el "proceso de urbanización más rápido y dramático de la historia humana". El éxito a corto y largo plazo de áreas autoconstruidas como la colonia Santo Domingo durante ese periodo, y a partir de éste, se ha basado en el trabajo masivo de los miembros de las comunidades, con las autoridades oficiales —que se hacen de la vista gorda ante las ocupaciones, técnicamente ilegales—, y en la inversión de especuladores capitalistas, que a menudo se valen de prestanombres



Desde que en 1971 miles de familias ilegales cayeron como paracaídas en el área, la colonia Santo Domingo ha sido en buena medida una comunidad que se construyó a sí misma. De cualquier manera, los residentes lograron que la ciudad pagara por la instalación del sistema de alcantarillado en 1992.

y coyotes locales.<sup>1</sup> De hecho, no es que el gobierno tolerara las viviendas de “autoayuda” en la ciudad de México a principios de los setenta, sino que las reconocía y promovía como la única opción viable en una época de crisis. Y la autoconstrucción ofrecía una forma extraordinaria de reducir el costo de la reproducción de la fuerza de trabajo.

La colonia Santo Domingo está situada en el corazón de la zona conocida como Los Pedregales, la cual ha estado cubierta —desde la erupción del volcán Xitle, ocurrida hacia el año 200-100 a.C.— por casi diez metros de roca volcánica.<sup>2</sup> Debido a estos cimientos sólidos, el terremoto que sacudió la ciudad de México en 1985 y destruyó muchas colonias en el centro de la capital no ocasionó, virtualmente, ningún daño en Los Pedregales, que se encuentra unos cuantos kilómetros al sur. Antes de la invasión de 1971, esta zona era un páramo de rocas volcánicas, cuevas, arbus-tos, víboras y alacranes. En la década de 1840, Fanny Calderón describió el área de esta manera:

Los ladrones, con el espejuelo del botín, caen, al tiempo de la fiesta como bandadas de zopilotes en busca de carroña, escondiéndose entre las desnudas rocas del Pedregal, y así no hay camino seguro, a menos que se transite con una muy fuerte escolta (1843: 391).<sup>3</sup>

Y Alejandra Massolo, al escribir sobre la invasión y la metamorfosis sufrida por Santo Domingo cerca de 130 años después, comenta que de la noche a la mañana miles de familias

convirtieron el inmutable y silencioso suelo volcánico de Santo Domingo en un lugar de febril movimiento, murmullo de señales y órdenes, golpes de estacas clavadas como mojoneras, ruido de sábanas al vuelo y láminas de cartón que se amarraban a modo de primer albergue. Los pedregales se hacían ciudad (1992a: 148).<sup>4</sup>

<sup>1</sup> Véase Castells, 1983: 188.

<sup>2</sup> Véase Departamento del Distrito Federal, 1988: 43.

<sup>3</sup> Madame Calderón de la Barca, 1959, t. II: 409.

<sup>4</sup> Estoy en deuda con Alejandra Massolo (1992a, 1992b) tanto por su vívida descripción de la historia de Santo Domingo como por su ayuda durante el inicio de mi investigación en la colonia. También estoy en deuda por la asesoría y las

Después de delimitar sus lotes con estacas y construir moradas provisionales, la prioridad de los recién llegados fue asegurarse de contar con un abastecimiento regular de agua. Las mujeres tenían que caminar enormes distancias con cubetas y baldes, y una que otra vez las pipas de agua entraban en la zona; pero finalmente los vecinos consiguieron la mano de obra y los fondos necesarios para meter tubería y colocar grifos comunitarios. Al principio se usaban velas y estufas de queroseno para alumbrar y cocinar, y poco después se robaba la electricidad de las líneas de las colonias de los alrededores. Desde el comienzo de la ocupación, en 1971, hasta 1992, las aguas negras se encauzaban hacia las grietas de las rocas volcánicas. Para ser habitable, cada lote debía tener, por lo menos, una grieta grande; de lo contrario los residentes tendrían que mantener una costosa fosa séptica. Durante los primeros años, los habitantes de la colonia construyeron escuelas y calles con una mínima ayuda financiera o técnica del gobierno. Hoy día, en Santo Domingo hay seis escuelas primarias y tres secundarias.

Massolo (1992b) estima que la construcción de cada calle, que abarcaba unos tres kilómetros, requería de un promedio de ochocientas faenas colectivas de los residentes. Cada faena necesitaba unas 120 personas, por lo que cada calle empleaba un total de 96 000 horas-trabajo, así como ochenta cajas de dinamita para abrirse paso a través de la roca, y cien camiones de volteo de tierra para formar la superficie de la calle. El gobierno se ahorró más de 280 millones de pesos sólo en la tubería de agua potable, la cual fue colocada por los residentes. En noviembre de 1977, en reconocimiento por estos esfuerzos comunitarios, Santo Domingo recibió un premio de dos millones de pesos por parte de funcionarios de la ciudad.

En la actualidad, la colonia Santo Domingo consta de cerca de once mil lotes comprendidos en 263 cuadras que abarcan unas 261 hectáreas; está rodeada por la Universidad Nacional al poniente,

publicaciones de Francis Lima (1992), mi asistente de campo durante unos meses, y de Patricia Safa (1992) en etapas posteriores del proyecto. La historia y la descripción de Santo Domingo incluida en este capítulo también se basa en los estudios de Ward (1976, 1990) y, sobre todo, en las entrevistas con docenas de residentes, algunos de los cuales habían participado en la invasión original.

por colonias de la clase alta y media alta al norte, y al oriente y sur por otras comunidades de paracaidistas, como la colonia Ajusco, así como por conjuntos habitacionales de la clase media. Unos cuantos barrios que salpican el área alrededor de Santo Domingo se denominan pueblos y rastrean sus raíces en los tiempos prehispánicos; éste es el caso de Copilco al norponiente y Los Reyes al noreste.

A pesar de que Santo Domingo ha perdido una gran parte de su reputación como un área dura desde la invasión de 1971, gente ajena a la colonia, incluidas personas que provienen de otras áreas populares de la ciudad, todavía piensa que es un lugar feo donde viven los hombres malos. Cuando una tarde le di mi dirección a un taxista, éste me preguntó, sacudiendo la cabeza compasivamente: "¿Le tocó vivir allá?" Pero los residentes insisten en que, en años recientes, la violencia en Santo Domingo se ha calmado de forma considerable. Hoy día hay mercados techados en los que se venden frutas y verduras; se reparan pequeños aparatos eléctricos; hay tortillerías, carnicerías que abastecen carne de res y puerco, así como expendios de pollo, panaderías, peluquerías y salones de belleza unisex, negocios madereros y de chatarra, minoristas que distribuyen autopartes y artículos de plomería, farmacias y papelerías equipadas con fotocopadoras y teléfonos —cuyo uso costaba en 1993 un peso la llamada.

Ahora prevalece un tono gris en Santo Domingo: un tono opaco y de concreto tanto en las cosas como en la vida social de la colonia, y que va desde los muros de mampostería que resguardan los hogares del tráfico peatonal —si no del ruido de las calles— hasta el cielo sucio y pardo; desde las manadas de perros callejeros hasta las piedras que niños y niñas lanzan contra las ratas que aparecen al descubierto. Cuando se pregunta a las personas en qué forma ha cambiado la colonia en los últimos años, a menudo indican los montones de bloques de color gris cenizo que se encuentran en la calle y que constituyen, para los vecinos, la señal de que una congregación o un hogar ha ahorrado lo suficiente para agregarle otro cuarto a una iglesia o una casa. Los árboles apenas rompen el pálido esquema de color; las hojas y el tronco conservan una cobertura gris y tiznada, incluso en tiempo de lluvias. Además, hay tan pocos árboles en Santo Domingo, que los niños que vuelan sus brillantes papalotes desde las azoteas de las casas y desde las calles con me-

nor circulación sólo se preocupan de alejarlos de los cables telefónicos y eléctricos.

Al igual que en otras nuevas y antiguas colonias populares de la ciudad de México, durante la década de los noventa una combinación inverosímil de horrores elementales y un tonificante sentido de comunidad invaden una gran parte de la vida cotidiana de los residentes de la colonia Santo Domingo. Actualmente hay agua, pero no siempre. Durante los meses de la temporada de secas y, lo que es más exasperante, durante el tiempo de lluvias, cuando abundan las inundaciones, la presión del agua puede ser tan baja que no cae ni una gota entre las seis de la mañana y la medianoche. En estos periodos, en la madrugada, las mujeres pasan horas lavando ropa y los hombres llenando cubetas para usarlas al día siguiente. Muchas familias todavía comparten llaves comunales que se localizan afuera de las casas y, aunque ya resulta común encontrar regaderas, muchos aún se bañan en tinas.

Casi todas las casas cuentan actualmente con electricidad, excepto cuando hay aguaceros torrenciales y se va la luz en la colonia. Cuando esto sucede, por lo general de noche, todo parece más oscuro de lo que en realidad está, pues a menudo desde las azoteas de las casas de uno y dos pisos se puede ver que, curiosamente, las colonias circundantes de clase media sí están iluminadas.

Desde la invasión de 1971, Santo Domingo ha sido un lugar ruidoso. Cuando amanece, es común escuchar el clic-clic-clic-clic de un carro que no prende, pero al menos hay familias que tienen autos. Si no enciende el motor, se oír la maldición en voz baja de algún hombre y, en ocasiones, de alguna mujer: "¡Qué chingaderas...!" Mientras deciden qué hacer, algunos comprarán un tamal al vendedor que llega empujando su triciclo y anunciando con un micrófono sus productos frescos y calientitos: tamales con salsa verde o roja y también dulces. Pero en las mañanas invernales, la gente trata de pasar el menor tiempo posible en la calle, pues al salir de sus casas inevitablemente los envuelve una tolvanera que azota la colonia. Como los habitantes de Chicago cuando hace mucho frío, ellos maldicen el clima mientras caminan dándole la espalda al viento y se tapan los ojos y la boca con manos y bufandas. Sin embargo, a diferencia de Chicago, caminar así en Santo Domingo tiene menos que ver con el frío y más con no querer

respirar la materia fecal seca que el viento arrastra desde las cloacas abiertas y las pilas de excremento de perro de la ciudad de México.

Un día en que me sentía algo apabullado por el agua, el viento, los perros que aullaban y un niño que chillaba, me quejé con nuestra vecina Ángela de que sobrevivir cada día consumía todo mi tiempo y energía. Ella, sin ser condescendiente, me contestó "así es."

#### LA EXPERIENCIA HISTÓRICA DE SANTO DOMINGO

Veinte años después de la invasión, Santo Domingo es, en gran parte, una comunidad consolidada de habitaciones con una población que, según se estima, sobrepasa los 150 000 habitantes.<sup>5</sup> Es una colonia típica de las comunidades autoconstruidas dentro de la ciudad de México, mismas que comparten algunas comodidades y ciertas injurias que constituyen la vida cotidiana de las colonias urbanas populares. Sin embargo, debido a que esta colonia resultaba más estable que otros asentamientos más recientes, para principios de los noventa las redes de seguridad social eran capaces de ayudar a las familias más pobres; por lo tanto en Santo Domingo, a diferencia de otras zonas de la capital que tienen niveles más significativos de desnutrición, algunas familias suelen recibir raciones alimenticias en las mañanas y en las tardes en el DIF local, y muy temprano en la mañana leche para los niños pequeños que proveen las lecherías oficiales.

Actualmente hay otros servicios disponibles, si bien en forma intermitente. A menudo la recolección de basura constituye un problema, pues como apunta Lima (1992: 26), los choferes de los camiones recolectores prefieren otras colonias donde se tiran más objetos que pueden ser reciclados y vendidos. Nunca se sabe si el camión de la basura llegará hoy o en una semana, por lo que, cuando uno oye la campana, tiene que estar listo para salir corriendo a la calle, arrastrando todo lo que ha acumulado desde la última recolección; pero sí hay servicio, aunque sea irregular. Y, a pesar de

<sup>5</sup> "Se estima" porque las cifras censales están vinculadas a las listas de contribuyentes fiscales que se conocen por la inexactitud de sus cuentas globales.

que durante la década de los ochenta los precios de los alimentos se incrementaron por arriba del ingreso real, en los mercados sobre ruedas, que se colocan dos veces por semana, algunos de los granos, frutas y verduras están, por lo menos, al alcance de la mayoría de las familias. Por ciertos rasgos, Santo Domingo es una colonia popular típica de la ciudad de México.

En las décadas de los setenta y los ochenta, la migración de personas provenientes de la empobrecida provincia agravó la ya de por sí seria escasez de vivienda en muchas ciudades de la República. Muchos de los residentes actuales de la colonia Santo Domingo nacieron en los estados cercanos de México, Hidalgo, Morelos, Puebla, Guanajuato, Michoacán, Tlaxcala, Querétaro y Guerrero. Al llegar se fueron a vivir a las partes viejas de la ciudad. Posteriormente se mudaron a Los Pedregales, durante o después de las invasiones de tierras. Mucha gente que nació y creció en la ciudad de México también aprovechó las oportunidades de tener un terreno y una casa propios en Santo Domingo. Entre los primeros paracaidistas predominaron las parejas jóvenes que habían estado viviendo con sus padres y suegros en las zonas aledañas. Por ejemplo, en la sección norponiente de la colonia en donde yo vivía con mi familia, muchos de los residentes más antiguos habían nacido en otras partes de la capital. Incluso los nacidos en provincia llevaban ya décadas viviendo y trabajando en la ciudad de México antes de llegar a Santo Domingo.

Muchos de los que migraron directamente a Los Pedregales de algún lugar fuera de la capital desde el principio se identificaron entre sí, y fueron considerados por los demás como minorías étnicas. Por ejemplo, una sección de Santo Domingo que colinda con la estación Universidad del metro es bien conocida porque ahí se concentra gente de Oaxaca. Asimismo, en otra sección de la colonia, en la calle Huehuetzin donde yo vivía, de acuerdo con las costumbres de los zapotecos en Oaxaca había varios altares del Día de Muertos en las casas que visité adornados con cempasúchil. En otras palabras, por todo Santo Domingo hay gente que proviene de diversas comunidades indígenas del resto del país.

Un día que regresaba de la estación del metro, caminé varias cuadras junto con un hombre que me señaló una casa y me dijo que

ahí vivía una familia mazahua. “Sabe usted —me dijo— los hombres son una bola de holgazanes que hacen que las mujeres salgan a trabajar mientras ellos se quedan en casa a emborracharse. Con razón son tan inseguros.” Al describir a esta familia, que hablaba otomí y provenía del estado de Guanajuato, mi acompañante procuró distinguirse y distinguir a los demás mestizos de “ascendencia mezclada”, como se dice eufemísticamente, de los indios supuestamente sin cultura que evidentemente venían del campo. No es una coincidencia que la imagen más común del macho mexicano sea la de un mestizo, urbano o rural, y por lo tanto, mi acompañante defendía el honor de las Marías mazahuas —quienes a menudo trabajan como sirvientas en las casas de mestizos acomodados en otras colonias— de los abusos de sus hombres.<sup>6</sup>

En la vida cotidiana de la mayoría de mis amigos que viven en Santo Domingo, el tema de la etnicidad surge por lo general en tres formas: en términos de vestido, lengua y color de piel. Con la excepción del uso de rebozos, la mayoría de los hombres y las mujeres de la colonia que se consideran mestizos no querrían ser vistos en público portando cualquier cosa asociada con la vestimenta indígena (aunque, ciertamente, en días festivos los grupos de danzantes de los vecinos bailan vestidos con los “tradicionales trajes aztecas”). En lo que a la lengua se refiere, muchos de los hablantes monolingües que conozco en la colonia se refieren con desprecio a los vecinos que hablan un “dialecto”, con lo que invariablemente se refieren no a un dialecto diferente del español, sino a una lengua indígena. Como sucede en otras partes del mundo, las lenguas minoritarias que se hablan en Santo Domingo son ampliamente estigmatizadas. En relación con el color de la piel, en muchas familias los hermanos y hermanas de piel más oscura son objeto de mofa, descritos como campesinos indios disfrazados de mestizos.

La masculinidad se incluye en las diversas identidades étnicas de la colonia, no sólo en los retratos insultantes de los hombres

<sup>6</sup> El término “Marías” tiene una enorme resonancia en México. El subtítulo del sobresaliente estudio de Arizpe (1975), *Indígenas en la ciudad: el caso de las “Marías”*, tenía la intención de desafiar explícitamente el prejuicio en contra de los pueblos indígenas en general y las mujeres indígenas en particular. En una caracterización con fines más ambiguos, una de las estrellas chocarreras del cine y la televisión es La India María, cuya primera película se llamó *Tonta, tonta, pero no tanto*.

mazahuas y sus explotadas Marías, sino también de manera opuesta, en donde se valoran los rasgos y costumbres asociados con los pueblos indígenas, mientras se desprecia a aquellos relacionados con el mestizaje colonialista, como el machismo. Mi amistad con Gabriel me permitió aclarar ciertos aspectos de la relación entre etnicidad, identidad nacional e identidad masculina. A pesar de ser hispanohablante, Gabriel considera que la verdadera nación mexicana es el producto de una antigua espiritualidad indígena y no de un moderno híbrido mestizo. Como tal, las opiniones de Gabi son similares a la noción del "México profundo" de Bonfil Batalla (1987). Para Gabriel, su identificación con el indigenismo también lo hace menos susceptible a la atracción de otras ideologías opresoras, como el machismo. En Santo Domingo no predominan ideas como las propuestas por Gabriel, aunque sí forman parte de las corrientes subterráneas de las poblaciones étnicamente heterogéneas de ésta y otras colonias populares de la capital mexicana.

#### EL MURO DE BERLÍN

Por lo general la gente se muda a Santo Domingo en busca de vivienda, no de trabajo. La mayor parte de los empleos remunerados se encuentran fuera de la colonia. Algunos hombres y unas cuantas mujeres se transportan a lejanas fábricas en el cinturón industrial de Vallejo al norte de la ciudad de México o bien a otras áreas más cercanas de la ciudad. Sin embargo, la lejanía de Santo Domingo respecto a muchas áreas de trabajo y centros comerciales no se debe a que se localice en las afueras de la ciudad, sino a que la ciudad de México es una gigantesca área metropolitana; de hecho, su localización cerca de una estación del metro hace que esta colonia sea mucho más cómoda que cientos de otras en la siempre creciente periferia de la poblada zona.

La ubicación de la colonia cerca de la UNAM y otras zonas acomodadas del sur de la ciudad, como San Ángel y Coyoacán, ha atraído a algunas familias de clase media a Santo Domingo, en cuyos bordes se estaban construyendo en 1993 enormes complejos de condominios de lujo. Sin embargo, hasta que éstos se hayan

terminado de construir, la comunidad seguirá integrada por hogares de la clase trabajadora, que viven semana a semana de los ingresos combinados de uno a tres salarios mínimos, que ganaban a principios de los noventa. A pesar de que la mayoría de los padres en Santo Domingo sueña con tener una mayor seguridad financiera y desea que sus hijos lleguen a formar parte de la clase media, al mismo tiempo, pertenecer a las clases populares conlleva para muchos una honorabilidad nebulosa, si bien digna, pues significa, entre otras cosas, que uno no explota a los demás.

Muchos hombres y mujeres que viven en Santo Domingo trabajan en el sector servicios; un gran número labora como conserje en la UNAM, o bien son choferes de minibuses, combis, taxis o tráileres. Otros más venden comida y objetos en la calle, en mercados o en la puerta de sus casas. Directa o indirectamente participan en lo que David Harvey (1989: 189) describe como "un cambio brusco en la apariencia superficial del capitalismo [internacional] desde 1973". El análisis de Harvey de lo que denomina "acumulación flexible" resulta pertinente para la gente trabajadora de Santo Domingo, pues la acumulación flexible "radica en la flexibilidad con respecto a los procesos y mercados de trabajo, productos y patrones de consumo" (p. 147). Para los hombres y mujeres de la ciudad de México y del mundo entero, la acumulación flexible ha dado lugar a un notable "aumento en el empleo de servicios desde principios de la década de los setenta" (p. 156). En muchos sentidos, el estudio de las identidades masculinas cambiantes en Santo Domingo pertenece a lo que Harvey considera como las "formas en que se han modificado las normas, los hábitos y las actitudes políticas y culturales" desde la transición a la acumulación flexible (pp. 170-171).

A pesar de que en la colonia Santo Domingo los cambios culturales nunca suceden como consecuencia necesaria de cambios económicos, tampoco se dan separados de los contextos socioeconómicos. Lo que es más, a pesar de que algunos analistas pueden intentar distinguir con cuidado entre lo culturalmente simbólico y lo materialmente económico, con frecuencia, en la práctica dichas dicotomías ocultan más de lo que revelan.

Los elementos de clase trabajadora que conforman la colonia Santo Domingo y la historia específica de autodependencia se manifiestan en el sentimiento —que aún existe, si bien está disminu-

yendo— de que los vecinos comparten algo de responsabilidad colectiva mutua. Por ejemplo, en Santo Domingo ciertos asuntos “privados” y “domésticos”, como golpear a la mujer y los presupuestos familiares, se han transformado en muchos casos en preocupaciones más “públicas”, que han salido de la relativa oscuridad de los hogares al escrutinio más amplio de amigos y vecinos. A diferencia de los que habitan en las colonias de las clases media y alta de la ciudad de México, los residentes de Santo Domingo saben algo sobre sus vecinos y experimentan una sensación de comunidad local, que a menudo gira alrededor de los niños y las actividades que se desempeñan en la calle frente a sus hogares.

En la colonia, las calles son los lugares públicos distintivos. Durante el día, los hombres y las mujeres las caminan aceleradamente para ir por algún mandado y los niños pequeños juegan en la orilla, esquivando los carros que pasan de vez en cuando. Al caer la noche, los vecinos se detienen en las puertas para intercambiar saludos y chismes. De ahí a la medianoche, las calles pertenecen a los jóvenes, quienes se reúnen a la sombra de autos abandonados para escuchar música a alto volumen, discutir y hacer el amor furtivamente. Si se quedan afuera más tarde, tienen cuidado de no alejarse demasiado de sus puertas, pues prefieren las miradas entrometidas de la familia a la intimidación de las pandillas.

Algunas ocasiones festivas, sobre todo las posadas antes de Navidad, reúnen a los residentes de las cuadras para festejar colectivamente. Algunas otras son más familiares, como el Día de Muertos, que se celebra alrededor de los altares construidos en el interior de las casas, por lo general por las mujeres mayores. Sin embargo, si se organiza una fiesta más grande —en honor de una quinceañera o después de una boda, por ejemplo— ésta se torna, inevitablemente, semipública. En la calle o en los claros de las puertas se colocan sobre bancos a casi dos metros de altura altavoces rentados, por lo que la música y los fuegos artificiales hacen vibrar las ventanas a varias cuadras a la redonda hasta las dos o tres de la madrugada. Y entonces, cuando la mayoría de los participantes se dirige a la cama, los borrachos de la calle empiezan sus juergas sagradas; andan por ahí hasta el amanecer, cantándole a la luna y a cualquiera que en su ingenuidad intente callarlos, compartiendo las calles con los perros abandonados.



Calle habitacional en la colonia Santo Domingo.

Los dueños de las casas que costean estas gigantescas celebraciones —y que con frecuencia quedan endeudados por años— son, por lo general, personas de edad madura o más viejas. Muy pocos jóvenes de las clases populares volverán a tener suficiente dinero para comprar una casa y un terreno en Santo Domingo. Sus padres y abuelos aprovecharon una oportunidad única en los setenta, un accidente de la historia, para comprarse un futuro con bloques de concreto y techos de asbesto laminado. El hecho de que los poseedores de casas y terrenos en la colonia sean, sobre todo, personas mayores tiene severas repercusiones para la movilidad social, la estratificación y la pauperización de las generaciones más jóvenes que ahí viven. Dependiendo de la suerte de la economía regional, nacional e internacional, es probable que en el futuro muchos hogares sufran grandes privaciones y amargos conflictos debido a problemas que aún siguen sin ser resueltos, como la herencia de las propiedades, los cuales se tornan más urgentes debido a las peligrosas condiciones de sobrepoblación de la ciudad.

En 1993 todavía existían algunas chozas tambaleantes en la colonia, pero por lo general las estructuras eran más firmes. Incluso



las casas pequeñas costaban cien o doscientos mil pesos. Sin embargo, la sobrepoblación era un problema general y en algunos casos creciente. Mientras que cerca de la mitad de los hogares de la colonia albergaba a una familia, en las casas restantes dos, tres o más familias vivían amontonadas, compartiendo las estufas, los refrigeradores, los baños, los altercados familiares y el cuidado de los niños.

Desde el principio, la lucha por crear Santo Domingo necesitó que los fundadores llevaran a cabo sacrificios y tomaran medidas radicales; numerosos residentes y líderes de la comunidad tienen largas historias de oposición frente a las autoridades federales y de la ciudad. Aun así, sería equivocado sobrestimar el grado al que la mayoría de las personas de la zona considera que sus intereses se oponen a los de otros sectores de la población. La mayor parte de la gente de la colonia ha luchado durante mucho tiempo para asimilarse a lo que percibe como la corriente central de la vida de la capital. Para ellos, la lucha ha consistido en llegar a formar parte de la sociedad más que en oponerse a ella en aspectos fundamentales.

Esto resulta afortunado para los residentes de la clase media alta de la colonia Romero de Terreros, que colinda al norte con Santo Domingo, quienes, después de la invasión de 1971, erigieron un muro de más de tres metros de altura, con lo que se tornó imposible la interrelación entre las dos comunidades. Hasta hoy, el muro permanece como guardián del privilegio de clase, una barrera que protege a los ricos de los pobres. Los residentes de Santo Domingo lo llaman "El muro de Berlín".

#### EL PREDICAMENTO DE LA ESTABILIDAD

Con tantos hombres trabajando fuera durante el día, desde los inicios de Santo Domingo, gran parte de la responsabilidad de construir y defender la *colonia* recayó sobre las mujeres, quienes se encargaron de la comunicación en los días en que esbirros privados o relacionados con la policía recorrían la comunidad con la intención de extorsionar o desalojar a los paracaidistas descuidados. Armadas de palos, piedras, terrones de lodo y palas, las mujeres tenían que proteger físicamente su propiedad y la de sus vecinos.

Estas hazañas se convirtieron en emblemas de la invasión, no sólo por el valor y la determinación que mostraron las mujeres, sino porque en toda esa zona se las empezaba a considerar como líderes capaces de tomar decisiones cruciales.

Esto no sucedía en otras áreas de la ciudad de México; en este sentido los acontecimientos de los últimos años en Santo Domingo no son típicos de todas las colonias populares. Aun así, en otras partes del Distrito Federal y áreas de México y América Latina, durante las décadas de los setenta y ochenta se llevaron a cabo luchas populares similares, una de cuyas características principales fue precisamente la prominente participación de las mujeres. A pesar de que en los movimientos urbanos populares (MUP) de la región los hombres han sido generalmente los líderes y las mujeres han ocupado rangos de activistas militantes, quizá esto ha sido cierto en menor grado en Los Pedregales, en donde por lo general las mujeres se han desempeñado como líderes y soldados de infantería, a pesar de que con el tiempo otros problemas afectaron a las otrora vibrantes organizaciones populares.

La continua asociación histórica de las mujeres con el liderazgo y la organización populares habidas en la colonia ha tenido importantes repercusiones en el desarrollo de las identidades y relaciones de género durante los últimos veinte años. Varios estudios recientes se han concentrado en los últimos cambios de las identidades de género y clase entre las mujeres de México y América Latina, haciendo referencia a su papel en los MUP y en otras transformaciones sociales tales como el número creciente de mujeres que trabajan por un salario, el brusco descenso de la tasa de natalidad, el aumento del nivel educativo y el incremento de la migración nacional e internacional.<sup>7</sup> En los próximos capítulos examino los cambios concurrentes en las identidades de género entre los hombres, y no en forma aislada, sino precisamente en relación con las transformaciones sufridas por algunas mujeres de la región. Decidí seguir este enfoque por dos razones: en primer lugar, pocas veces resulta útil aislar las identidades de género como si los hombres y las mujeres llevaran vidas separadas en cuarentena; en segun-

<sup>7</sup> Véase, sobre todo, Bourque y Warren, 1981; Logan, 1984; González de la Rocha, 1986; Gabayet *et al.*, 1988; Poniatowska, 1988; Chant, 1991; Stephen, 1991; Benería y Roldán, 1992, y Massolo, 1992a, 1992b.

do lugar, y quizá de mayor importancia, porque las mujeres de la colonia con frecuencia han desempeñado un papel catalítico en los cambios de actitud y comportamiento experimentados por los hombres en los últimos veinte años.

Al pedirles que comparen los primeros días de Santo Domingo con el presente, muchos de los fundadores de la colonia dicen que prefieren el principio. Cargar cubetas de agua era una forma horrible de pasar el día —señalan a menudo las mujeres—, pero entonces existía un espíritu de dependencia y pertenencia mutuas que hoy no subsiste. Para hombres y mujeres, la desaparición de la buena voluntad se debe en parte a que sus condiciones de vida ya no son tan desesperadas y tienen menos necesidades prácticas de depender unos de otros. Muchos residentes antiguos de la colonia, hombres y mujeres, también se refieren a la intencionada acción del gobernante Partido Revolucionario Institucional (PRI) en la desaparición del sentido de solidaridad en Santo Domingo. Como en un ejemplo, citado en un libro de texto refiriéndose a un fenómeno más amplio, también en Los Pedregales, “el Estado ha intentado usar el asunto de la tierra como un medio para extender su influencia sobre los pobres y mantenerlos inmóviles” (Ward, 1990: 155). Mediante la cooptación y la coerción y, cuando éstas no funcionan, la represión, el gobierno de la ciudad y el federal, armados de equipos de burócratas que atienden asuntos relacionados con la propiedad de la tierra, abogados, policías y políticos han luchado por incorporar a su propia esfera de influencia las actividades políticas comunitarias, que se tornan cada vez más independientes. Las complicadas y trilladas estrategias que emplean el PRI y sus funcionarios en Santo Domingo no nos conciernen aquí directamente, pero son significativas si las consideramos como un ruido de fondo que, en ocasiones, ha servido para apagar las voces del cambio.<sup>8</sup>

Sin embargo, como apunta Safa (1992: 51), durante mucho tiempo ha sido evidente en Santo Domingo, por parte de los activistas comunitarios, una actitud contraria a la autoridad. Durante los primeros días de la colonia, este sentimiento ayudó a las muje-

<sup>8</sup> Para mayor información sobre los métodos del PRI y su historia de elecciones arregladas, véase González Casanova; 1965, y Eckstein, 1982, 1990.

res a justificar sus ataques armados en contra de los esbirros de la policía, y hoy día es evidente para muchos la necesidad de enfrentarse a hombres que intentan amedrentar a sus esposas y a sus vecinas argumentando la prerrogativa masculina. Con o sin la presencia de los movimientos urbanos populares, todas las zonas de la ciudad de México han sufrido serios trastornos y transformaciones durante los últimos veinte años. En este periodo, residir en Santo Domingo ha conferido a su gente ciertas experiencias históricas, pero nunca en forma aislada. Mientras que mi amigo Miguel, quien creció en Santo Domingo, me dijo que cuando cumplió diez años, en 1973, fue por primera vez al centro de la ciudad, a principios de los noventa, viajar dentro de la capital era parte de la experiencia cotidiana de la mayoría de la gente, ya fuera para trabajar, recrearse en los jardines de Xochimilco al sureste, “regularizar” los terrenos en oficinas del gobierno localizadas en el centro, hacer compras para la casa en Tepito, al norte, o visitar a parientes y amigos en los alrededores. La estación del metro Copilco en la línea Universidad-Indios Verdes se encuentra a una distancia razonable; se puede llegar a ella caminando o tomando una combi, y de ahí uno puede unirse a los millones de usuarios que cada día hacen uso de un servicio rápido y limpio, si bien a menudo sumamente congestionado, para viajar por toda la ciudad. En 1993, el precio de un boleto era de cuarenta centavos.

#### COMUNIDAD

Puede definirse entonces a la globalización como la intensificación de las relaciones sociales mundiales, que unen a localidades distantes de tal forma que los acontecimientos locales quedan determinados por sucesos que ocurren a muchos kilómetros de distancia y viceversa.

Anthony Giddens, *Las consecuencias de la modernidad*

Hoy día, *la capital* es el hogar de casi uno de cada cinco mexicanos. La población del área metropolitana ha crecido de 344 000 en 1900,

a casi un millón en 1930, cinco millones en 1960, nueve millones en 1970, catorce millones en 1980 y casi 20 millones en 1990. Las proyecciones establecen la posibilidad de que el área pueda llegar a crecer a más de 30 millones para principios del siglo XXI (véase DDF, 1988: 126, 147). A pesar de ser el centro manufacturero, financiero, político e informativo del país, la capital también es el lugar de residencia de millones de desempleados y subempleados, así como de un gigantesco "sector informal" constituido, desproporcionadamente, por mujeres, niños y viejos.

Localizadas en el primer círculo de expansión alrededor del antiguo centro urbano de la ciudad de México, las comunidades autoconstruidas como Santo Domingo han sido sometidas en forma constante a las vicisitudes del proceso de acumulación capitalista mediante los agentes inmobiliarios, los costos ascendentes de los materiales de construcción, los servicios básicos y el Estado mexicano mismo (véase Ward, 1990: 192). Por éstas y otras razones, Cuauhtémoc Cárdenas, candidato de la oposición en las elecciones presidenciales de 1988, arrasó en muchos de los asentamientos irregulares en y alrededor de la ciudad de México. En términos de las pautas de migración y urbanización utilizadas en México después de la segunda guerra mundial, Santo Domingo representa una colonia relativamente joven, sobre todo en relación con las áreas densamente pobladas del centro de la ciudad, las cuales han sido habitadas desde tiempos prehispánicos.<sup>9</sup> Por otra parte, esta colonia no es tan reciente si se le compara con los enormes asentamientos irregulares que se encuentran en zonas como Chalco al oriente del Distrito Federal y Ecatepec al noreste donde cientos de miles de personas carecen de servicios básicos como agua corriente y drenaje.

A pesar de la continua migración a la ciudad de México, muchos ciudadanos del país mantienen una relación amor-odio muy especial con su capital. Mucha gente sigue emigrando desde otras partes empobrecidas de la República (algunos calculan que todos los días llegan a establecerse en la capital unas mil personas); sin

<sup>9</sup> En lo que se refiere a la urbanización de la ciudad de México, entre los estudios recientes más importantes están el de Lomnitz, 1975; Kemper, 1976; Montaño, 1976; Cornelius, 1980; Eckstein, 1982; Navarro y Moctezuma, 1989; de la Peña *et al.*, 1990; Selby, Murphy y Lorenzen, 1990; Ward, 1990; Vélez-Ibáñez, 1991, y Davis, 1994.

embargo en la provincia hay amargura, envidia y resentimiento contra de los "chilangos" originarios de la capital.

Las tasas de crecimiento económico que se contraen constantemente en todo México han provocado que la creciente población del país se las haya tenido que arreglar con menos recursos financieros. Las tasas anuales de crecimiento durante el periodo 1940-1980 tenían un promedio de más de 6%; la tasa para 1980-1988 fue de -1.9% (véase Barkin, 1990: 123). Con menos recursos disponibles, la competencia se incrementó en todos los sectores de la sociedad. Esta competencia se relaciona con una creciente polarización de clases, misma que ha dado por resultado una enorme riqueza para 1 o 2% de los más ricos, y un estancamiento o disminución en el nivel de vida de 60 o 70% de la población más pobre. Los salarios mínimos reales han fluctuado considerablemente en los últimos cincuenta años; pero, para principios de los noventa, se encontraban más o menos al mismo nivel que tenían en 1960. Los ingresos reales de los trabajadores eran en 1990 menos de la mitad de lo que habían sido antes de la crisis de 1982 (véase Barkin, 1990: 144).

El colapso financiero de 1982 tuvo consecuencias cataclísmicas para la clase trabajadora de México, y desde entonces, como concluyen Selby y sus colegas, "la crisis ha sido permanente para los pobres" (1990: 175). Esto contrasta absolutamente con la situación que predominó durante la mayor parte del siglo, sobre todo durante la segunda guerra mundial y poco después, cuando incluso los pobres de México tenían confianza, con justificación, en sus oportunidades para mejorar económicamente en el futuro. Desde principios de los ochenta, un cinismo extendido y una profunda desconfianza hacia el gobierno y la industria han reemplazado el optimismo de otros tiempos. Por ejemplo, muchos de los pobres de Santo Domingo piensan que el reciente Tratado de Libre Comercio (TLC) les presagia tiempos económicos aún más lúgubres. Muchos creen que las clases pudientes de México, Estados Unidos y Canadá se están "desnacionalizando" y en el proceso intentan manipular el tratado para llenar sus propias arcas. Este análisis del TLC por parte de *los olvidados* de México, haciendo alusión al título de la célebre película de Buñuel —quienes, después de todo, fueron los afectados en forma inmediata y práctica por los cargos financieros internacionales después de las crisis monetarias y ban-

carias de 1982 y 1995— no sólo es justificado, sino brutalmente exacto.<sup>10</sup>

Este estudio trata acerca de una pequeña sección de la población de una comunidad de vecinos de la ciudad de México, pero para poder realizar un análisis fructífero de los hallazgos propios de Santo Domingo, es necesario tener una idea clara de otros contextos comunitarios más extensos. Para la gente de la colonia, las identidades individuales y de grupo dependen de contextos y comunidades en un sentido más amplio, por ejemplo, las identidades de género pueden diferir en formas muy significativas en comunidades particulares. La colonia Santo Domingo existe como una comunidad limitada en algunos aspectos, mientras que en otras formas más absolutas representa una comunidad de importancia internacional,<sup>11</sup> de ahí que encontremos en Santo Domingo algo que para Appadurai (1991: 199) resulta verdadero en términos más amplios: “la posibilidad de tener interpretaciones divergentes de lo que significa ‘localidad’”. Hay una constante relación entre lo local y lo global, entre la homogeneidad y la heterogeneidad, y los complejos ires y venires de las culturas dominantes y populares en las zonas proletarias de la ciudad de México restringen y transforman las relaciones de género en ese lugar. Además, este proceso está determinado, en parte, por identidades locales, nacionales y

<sup>10</sup> A pesar de la polarización de clases, la clase media de la ciudad de México y otros lugares del país no ha desaparecido; ni siquiera ha disminuido significativamente, como algunos habían predicho, aunque muchos estratos dentro de este sector han tenido que aprender a vivir con un ingreso real mucho menor durante los últimos diez años (véase Loaeza y Stern, 1990). Yo estaba terminando las revisiones finales de este manuscrito cuando se desarrollaba la crisis financiera de 1995, por lo que no pude incorporar completamente las repercusiones que esta última crisis tuvo en la vida de mis amigos de Santo Domingo.

<sup>11</sup> Aunque hago hincapié en las particularidades de ser un residente de Santo Domingo, no quiero sugerir que las diferencias entre las colonias de la ciudad de México importen más que las similitudes. Eckstein (1982) y Selby *et al.* (1990) observan atinadamente que para los pobres en el México actual, la vida urbana es en gran parte la misma, ya sea que vivan en la capital o en cualquier otra parte de la República. La televisión y la migración han contribuido muchísimo a este proceso. Sobre la cuestión de la heterogeneidad-homogeneidad urbana en lo que se refiere a la ciudad de México, véase también Cornelius, 1980, y Davis, 1995; para lograr un análisis más general de la importancia y la particularidad del espacio, véase los estudios de geografía cultural de Soja (1989) y Watts (1992).

globales que chocan entre sí, e incluye nociones en disputa acerca de lo que significa ser hombre hoy en estos niveles diferentes de comunidad.

Aun así, si el lector considera que mis descripciones de Santo Domingo y de la gente que habita en ese lugar son exóticas o, lo que es peor, pintorescas, habré desatendido las palabras con que Eric Wolf abre su famoso estudio de la historia del mundo: “El mundo de la humanidad constituye una variedad, una totalidad de procesos interrelacionados, y las investigaciones que desarman esta totalidad en pedazos y no vuelven a armar los fragmentos falsifican la realidad” (1987). Espero que al observar la vida de la gente que habita en las colonias populares de la ciudad de México al acercarse el milenio, los lectores de este estudio reconocerán un poco más de su propia experiencia y de sí mismos.